

LA ESTRELLA BALEAR.

Periódico compilador de lo mas selecto que publican los de España y del extranjero sobre ciencias, literatura y artes.

Este periódico sale todos los domingos. — Precio de suscripcion 4 rs. al mes verificándola por el término de un año, 4 ½ rs. si se limita al de seis meses, y 5 rs. cuando sea por menos tiempo. — Al fin de cada trimestre se verificará un sorteo entre cada cincuenta suscritores que lo hayan sido durante el mismo y el agraciado podrá escoger las obras que guste, hasta el valor de 50 REALES de la librería de Rullan, hermanos, editores, donde se admiten suscripciones.

Enriqueta.

(Continuacion.)

CAPITULO X.

Poesia.

Inandita.

ODAS.

Ya acababa mi inventario, cuando puse la mano sobre un paquete cerrado y sellado cuidadosamente, que aun estaba por enviar á su destino, y que se habia quedado allí como una cosa que ya no me pertenecia, como un depósito sagrado que no podia yo violar sin delito; á pesar de esto, por no sé qué curiosidad criminal abrí el paquete misterioso. Dentro de él habia un pañuelo de seda, cuyo color era evidentemente de una moda ya pasada, y á su lado un simple billete muy bien cerrado que conservaba todavia un ligero y suave perfume, precursor delicado de palabras amorosas. Abrí el billete, cuya magnífica letra me impidió creer al principio que fuese de mi puño, y no sin una profunda emocion leí de nuevo los siguientes versos que tenia olvidados largo tiempo hacia:

¿Ese lienzo te agrada? te le envío:
Y si á solas, la noche venidera,
Con él, hermosa niña, rodeares
Tu negra cabellera:

Si el sueño, tu sonrisa adormeciendo.
Reinar solo dejáre en la dulzura
De tus alegres y rosados labios
Tu nívida hermosura;

Y escondida la luz de esos tus ojos,
Mas dulce que la luz del firmamento,
Solos te acompañaren los suspiros
De tu suave aliento:

Entonces una voz triste y ligera,
Como el canto del silfo que, del hada
Volando en pos, el tallo no dobllega
De la lis delicada,

Hablándote al oido cariñosa,
Te dirá con ardor y con cautela:
Tu duermes, mas él vela, criatura,
Y solo por tí vela.

El busca de la historia las lecciones,
Fábulas, pensamientos dolorosos,
Acentos de alegría y de victoria,
Y versos amorosos.

Busca una palma escelsa, una corona,
Para decir ante tus pies postrado:
Te amo, y por tu gloria solamente,
Quise ser coronado.

Si, por ti busca un nombre que no muera,
Que á tu adorado nombre siempre unido
Te ofrezca el porvenir triunfando siempre
Del implacable olvido.

Que á todos los amantes corazones
Revele esta pasion, á mí tan cara,
Y tu nombre, mas dulce que el de Delia
Que á Tibulo inspirára.

Mas si esos pliegues de tegida seda,
Que han de ceñir tus bucles y tu frente,
De algun rival acaso venturoso
Deshace el beso ardiente,

Aunque llegáres á ocultar tus goces
Debajo de una llave y otra llave,
Esa voz, penetrando hasta tu lecho,
Será terrible y grave:

Mas fuerte que el graznido con que anuncia
Ave funesta el huracan vecino,
Y mas triste que el canto funerario
Qué turba al asesino,

Ella te gritará; «¡ piensa en mañanal
Traicion te hará el carmín de tu megilla...
¡Guardate! ¡siempre piensa en la venganza
El pecho á quien se humilla!»

Pero no, si á un rival en negra noche
Ese lienzo ha de ser trofeo impio,
Lánzale antes al fuego, y en él arda,
Cual arde el pecho mio.

Cerre con violencia el cajon, y en la tábla inmediata vi mis pistolas; son dos armas hermosas trabajadas por Steleim, artísticamente cinceladas y de un soberbio temple. Divertíme en contemplarlas, en mirar una y otra vez la cabeza de javalí grabada sobre la llave, y maquinalmente mi sangre comenzó á encenderse y mi pecho á latir con fuerza; sentáme dichoso con una dicha tan cruel pero tan viva, que no sé lo que hubiera sucedido, sino hubiese oído dar un ligero golpe á mi puerta. — Adentro, niña, dije, y la puerta se abrió.

CAPITULO XI.

Jenny.

Busca.

TEODORO BURELL.

A medida que la amable niña entraba en mi cuarto, la pistola, que habia yo levantado á la altura de mi cabeza, se iba bajando sensiblemente, y al último paso de la criatura, el arma se hallaba de nuevo en su sitio acostumbrado. —¿Qué buenas nuevas me traes, amable Jenny? le dije con serenidad; ¿habeis perdido algunos otros fragmentos de mi guardaropa, ó quemado la mejor de mis camisas? — Una buena nueva, señor; me caso mañana.

Yo me sentí herido como de un rayo; hacia seis años que la trataba como á una niña; aquella misma mañana habia guardado algunas golosinas para ella, y ¡ella iba á casarse, la chiquitita Jenny, una criatura! Miréla entonces, y en efecto observé que la cosa nada tenia de extraño: di un profundo suspiro y levantándome furioso, exclamé:

— Maldito sea el primero á quien se ocurrió hacer del horror un oficio y una mercadería! ¡maldita sea la nueva escuela poética con sus verdugos y sus fantasmas! Unos y otros han trastornado todo mi ser, y á fuerza de hacerme observar el mundo moral en sus mas misteriosas influencias, me ha impedido advertir que la linda Jenny no era ya una niña. Perdónadme, tierna Jenny, le dije acercándome á ella, me habia imaginado que siempre serías niña. Y Jenny, que ya iba á llorar comenzó de nuevo á reir, y presentándome su robusta megilla me dijo: ¿no dais un beso hoy á vuestra niña Jenny?

— Le doy respetuosamente, respondí yo inclinándome, á una venerable novia.

— No, á vuestra niña Jenny, replicó ella.

— Bien á mi niña Jenny, sea; y no pude contener un ruidoso suspiro.

— Vendréis á la boda, ¿no es así? me preguntó Jenny jugando con las vueltas de mi casaca; os aguardaremos.

— Con mucho gusto, señora. Al decirle esto, se separó de mí á todo correr: púseme á la ventana, y un momento despues la vi subir á una pesada carreta de lavandera, tirada por un gran caballo normando, y dirigida por Jenny con tanta facilidad como la que puede tener un cochero del arrabal de San German que conduce á su noble ama á la iglesia de San Sulpicio.

A la mañana siguiente me encaminé hácia las Bañiolas, donde vi el acompañamiento de la boda que era numeroso y que pasó delante de mí antes de ir á la iglesia. A la cabeza iba Jenny, cubierta de cintas, con un enorme ramillete de flor de naranja en la mano: seguía su esposo, guapo muchacho muy insignificante, y tras él la caravana ordinaria, la madre enternecida, el padre orgulloso con un vestido nuevo, las comadres del barrio, y un embriagador aroma de cocina escaldado por el mas célebre fondista del pais. Yo seguí á Jenny hasta el altar, donde parecia no haber hecho otra cosa en toda su vida: dijo sí con un tono firme y decidido, rezó una breve oracion, y se levantó. Me habia yo apresurado á recibirla á la salida y le ofrecí con gravedad el agua bendita: ¡cosa extraña! fui feliz al sentir su dedo tocar al mio, yo que llevaba seis años de besarla libremente dos veces por semana: Jenny pertenecia á otro! Entretanto calculaba yo sus probabilidades de ventura: compensaba sus dias de reposo con sus dias de trabajo, y me parecia que aquel instante, el mas hermoso de su vida, su bello día de boda, tenia ya la fisonomia de un día muy vulgar. Podeis creerme, la larga ceremonia del matrimonio es causa de muchos celibatos. Pasados los primeros cumplimientos, dejé á la gente de la boda entregarse á sus diversiones báquicas; me despedí de Jenny, que me acompañó hasta la puerta, y me separé de ella con sentimiento. Será posible, pues, exclamé, que el amor no se conozca en su principio? ¿podrá suceder que esté uno enamorado sin saberlo? A esta idea, me estremecí involuntariamente.

¡Infeliz de mí! en vano queria disimulármelo á mí mismo; no era Jenny la que me hacia tan miserable; no era

yo, juguete de un amor ignorado; ¡demasiado bien sabia cual era el objeto á quien habia ligado mi existencia! ¡Por qué no obrar, pues, desventurado? ¡Y cómo obrar! ¡cómo hablar á quien no puede comprender! Pero ¿qué importa que comprenda? ¿con qué derecho querer ensanchar el círculo dentro del cual se agita el corazón de una muger? ¿con qué derecho exigir de ella lo que no puede dar? Y veíame á punto de creer que la fatalidad de los orientales pudiera muy bien ser una cosa mas razonable de lo que se piensa.

CAPITULO XII.

El modelo al natural.

¡Un gusano, mi Dios!

BOSSUET.

Al entrar por la barrera, me encontré cara á cara con un hombre de edad madura y de rostro muy hermoso, adornado con una barba larga y negra, habiéndome parado á mirarle con atencion me dijo;

— Si quieres verme, págame; soy el modelo vivo de la naturaleza mas perfecta, y de ello vas á juzgar por tus propios ojos:

Me apoyé en un árbol, y contesté al hombre:— representa á Apolo, y ponte hermoso, si quieres que te pague.

Púsose enteramente derecho, escondiése la barba en la garganta, retiró un pié hácia atras, alzó los ojos al cielo, ensanchó sus narices, y dejó caer el brazo izquierdo con toda libertad. ¡Qué hermoso hombre! dije entre mí, y por un movimiento de envidia continué hablando con él: ahora, representa á un esclavo romano, á quien van á zotar por haber robado higos.

Al momento se puso de rodillas, encorvó la espalda, bajó la cabeza, se apoyó en sus dos manos nerviosas, y arrastrándose hasta mí, me miró con el ayre afable y temeroso de un perro que ha perdido á su amo. Poca diferencia, dije para mí, hay entre un esclavo y un amo; y como para vengarle de su bajeza: ahora, le grité, representa á un esclavo que ha matado á su amo y se rebela.

Volvió á levantarse, se apoyó solamente en una rodilla, hizo como que cogía con ambas manos á un hombre degollado, abrió una ancha boca, y con los ojos medio cerrados y el oido alerta, parecia saborear por todos los sentidos el placer de la venganza: á mí me dió miedo.—¿Puedes representar á un borracho? le pregunté.

— Yo no represento jamás la embriaguez, me respondió levantándose; si me pagas bien, esta noche me verás en una esquina borracho como una cuba, y me verás de valde.

Le tiré una moneda: el Apolo, es esclavo, vuelto á ser hombre vulgar, no tuvo para darme gracias sino una sonrisa imbécil y una espresion de hielo: ¡un ser tan hermoso y tan nulo, un cómico tan inteligente, un mendigo tan estúpido! Estuve para volver á mi tema, pero el caso me hizo reir, y me envanecí al verme todavía contento.

Al mismo tiempo un muchacho savoyardo, ocioso, sin euidados y sin cálculos como todos ellos tienen la felicidad de vivir, habiéndose imaginado sin duda que yo era algun inocente, dió á correr detras de mí gritándome: ¡dadme una monedita, mi capitán!

— El capitán estaba sordo.— ¡Mi general! — El general seguía su camino.— ¡Príncipe mio! — Nada.— ¡Rey mio! — Ya estuve para darle, pero quise ver hasta donde iría. El cuitado habia agotado sus títulos; así es que se paró mirando tristemente como me alejaba; mas al verle inmóvil retrocedí y le dije encolerizado; ¡Imbécil, supuesto que tanto has hecho, llámame tu Dios! — ¡Dadme una monedita, ¡Dios mio! exclamó él entonces juntando las manos.

Yo le dí para pasar el puente de las Artes.

CAPITULO XIII.

El padre y la madre

Oh hija demasiado querida todavía!

LUSIGNAN.

Un día tan alegremente pasado me proporcionó una noche deliciosa y mil ensueños alhagüenos, y al despertarme á

la mañana siguiente me sorprendió el hallarme con la cabeza ligera y la imaginación libre. Entonces estirándome blandamente en la cama, me puse á saborear con sosiego mi despertar, como otras veces cuando envaneado con tantas obras maestras de segunda mano como adornan mi cuarto, las analizaba lentamente, haciéndolas presenciar mi regocijo matutino. Resolví, pues; ser todavía dichoso al menos un día, un solo día de calma y de ilusión. Me hallaba lo mismo que el alquimista que busca la piedra filosofal, que deja á un lado sus hornillas y su alambique por un momento, que se atavía con su mejor ropage, y que se vá á pasear tan sencillamente como sino estuviese en vísperas de tener millones.

Pensando en mi piedra filosofal, me comencé á vestir, á ataviarme, á ponerme alegre y á tararear una pieza nueva que tocaba un organillo debajo de mis ventanas. En seguida salí y por una costumbre antigua dirigí mis pasos hacia Vanvres. Llegado en frente del *Buen Conejo*, me detuve de repente: ¡allí era donde había yo marchitado mi vida sin saberlo! ¡En aquel alegre sitio era donde había yo concebido la loca idea de seguir hasta su término como testigo impasible y perseverante, el destino de una muchacha! al cabo entré en el jardín; hacía calor, pero un calor de otoño, un sol pesado y molesto del cual defienden mal las hojas amarillentas y marchitas. Sentéme junto á mi mesa de costumbre, en la cual había yo trazado en otro tiempo mi cifra artísticamente enlazada con una L gótica; la cifra ecstática aun, pero estaba medio borrada y rodeada de otras cifras mas recientes y quizá igualmente perecederas. ¡Qué de momentos alegres había yo pasado junto á aquella mesa! qué tranquilas contemplaciones! qué de veces en aquel mismo sitio y sobre las inmóviles ramas no había visto mecerse el tegido rosado y el ligero sombrero! Volviéndome á mirar hacia el fondo del jardín, no ví mas que una gran señora, ricamente vestida, sentada en frente de un hermoso jóven que parecía hablarla con fuego, y á quien ella escuchaba con desden ó con enojo.

La actitud de aquella muger atrajo mis miradas, y un elegante contorno me inspiró el deseo de verle el rostro: no sé que vago presentimiento me decía que iba á conocerla, pero por mas que la miraba, ella no se volvía. Al mismo tiempo entró por la puerta del jardín, que estaba entornada un hombre enfermo y pobre, que guiado por una anciana, se presentaba á pedir limosna: sus maneras eran decentes, y su voz no tenía nada de lastimera; yo le dí, y en seguida se dirigió á la gran señora, la cual le despidió con dureza; mas cuando iba á retirarse, mirándola con atención, dijo á la anciana—Muger ¿no creeria cualquiera que esta es nuestra hija?—La pobre muger lanzó un hondo suspiro, porque al momento había conocido á su hija: el anciano quiso abrazar á esta y perdonarla, pero ella le volvió las espaldas con desprecio.—¡En nombre de tu anciano padre, hija mia, reconócenos aun, á nosotros que tanto te hemos llorado!—Y ella volvía á otro lado los ojos.—¡En nombre del cielo decía la madre, reconócenos á nosotros que te perdonamos!—Siempre el mismo silencio. Yo estaba fuera de mí: me levanté, y exclamé:—En nombre de Buchí, contemplad á vuestros pies á vuestro anciano padre.—Los dos ancianos le alargaban los brazos; pero al nombre de Buchí ella se levantó y salió del jardín, volviendo á otro lado la cabeza y seguida del jóven que parecía consternado.

Apenas hubo desaparecido su blanco trage por el umbral de la puerta, el anciano se sentó á mi lado, y con aire casi risueño me dijo:—¿Conqué conocíais á mi Buchí?—¡Que si lo conocía, buen hombre! algo mas que conocerle: he montado en él, y sin agraviar á nadie, era un digno jumento, bajo mi pala bra.

—Ah! sí, un digno jumento, replicó el anciano; un rucio que llevaba veinte cargas de estiércol al día, añadió apurando el vaso de su hija, y comiéndose el pan que esta había dejado.

—¿Cómo, pues, le pregunté yo, hebeis perdido ese digno compañero?

—Ah! respondió él, mi muger le entregaba con frecuencia á nuestra Enriqueta; amábamos tanto á esa hija, que mas de una vez he llevado yo mismo la carga de Buchí para que él pudiese pasear á Enriqueta. Un día, me acordaré de él mientras viva, Buchí y Enriqueta se fueron para no

volver mas, mi muger lloraba por su Enriqueta, y yo lloraba por los dos; esta pérdida nos arruinó, me fué imposible trabajar largo tiempo para comer, y héme aquí con mi moral y mi palo.

—Pobre, pobre Enriqueta! dijo la anciana.

—Si, pobre Enriqueta! y pobre, pobre Buchí! añadió el anciano; porque me imagino que habrá tenido un triste fin.

—Ciertamente un triste fin! repliqué. Yo le he visto morir! unos perros le han devorado, y ha sido para divertirme un instante!

A estas palabras los dos ancianos retrocedieron espantados, y salieron del jardín.

En vano quise tranquilizarlos y detenerlos; no pude conseguir que me escuchasen, y se alejaron mas indignados de mi barbárie que de la de su hija.

En efecto, ¿con qué derecho podía yo causarles un disgusto, yo que para ellos no era sino un extranjero?

CAPITULO XIV.

Memorias de un ahorcado.

El ahorcado resucita.

LA FONTAINE.

Volvia de mi paseo, buscando en vano todo el placer que me había imaginado hallar, cuando en medio del camino alcancé á un viagero que iba mas despacio; un mozo alegre, sin cuidados, aficionado al buen vino y la buena mesa, que se conocia caminaba sin objeto, poco inquieto de la posada para la noche ni de la comida para el día siguiente; su figura era franca y abierta, respiraba por toda su persona la aventura, y sin duda alguna la aventura es una cosa buena. Yo he observado siempre que el hombre que francamente se abandona á ella, tiene un cierto aire de fuerza y de libertad que dá gusto ver: así era el viagero; y como yo queria divertirme á toda costa, y él por otra parte no tenía el aspecto fiero, me puse á andar á su lado; era un buen sugeto, y me dirigió la palabra:

—¿Vais á Paris, caballero? me dijo con indiferencia; porque en ese caso me enseñareis el camino que he perdido ya dos veces en todas estas encrucijadas.

—Con mucho gusto, amigo, no teneis mas que seguirme y entraremos juntos en Paris, bien que á decir verdad, no parece que teneis la mayor prisa por llegar allá.

—Yo nunca he tenido prisa por llegar á ninguna parte, siempre que me he hallado en sitio seguro; tal como me veis aquí mas bien he vivido como un vecino sosegado que como un caballero errante. Hay en Italia mas de una roca, sobre la cual he estado yo quince días en emboscada, con el oído alerta, el ojo listo y la carabina en la mano, aguardando la caza que no llegaba.

—Como, caballero, ¿seríais por ventura uno de esos atrevidos bandoleros sicilianos de los cuales he oído tan agradables cuentos de asesinato y de robo, y cuya arriesgada vida ha inspirado tan perfectamente á Salvador Rosa?

—Precisamente, respondió el bandolero; he sido en mis tiempos uno de esos atrevidos sicilianos, un jovial y animoso bandido que robaba á un hombre en el camino real tan hábilmente, como un ratero francés puede robar un miserable bolsillo en la feria de un villorro. Al decir esto bajo la cabeza, y lanzó un profundo suspiro.

—Me parece que debeis echar mucho de menos esta hermosa vida, le dije con aire del mayor interés.

—Si la echo de menos, caballero! vivir de otra manera no es vivir: nada iguala debajo del sol á un digno habitante de las montañas. Figuráos un jóven de diez y ocho años, ropa verde con botones de oro, cabellos elegantemente trezados y sujetos con una redcilla ligera, rico ceñidor deseda con las pistolas colgadas de él, sable ancho arrastrando y despidiendo un sonido formidable, carabina brillante como el oro á las espaldas, y puñal al lado de mango retorcido; figuráos, dijo, un bandido jóven, armado de esta manera, apostado en lo alto de una roca, desafiando al abismo, cantando y batiéndose alternativamente, ya haciendo alianza con el papa, ya con el emperador, poniendo á precio al extranjero como á un esclavo, bebiendo rosoli como

agua, siendo la delicia de las tabernas y de las muchachas, y seguro siempre de morir en una horra ó en la cama de un gran señor: he ahí el buen oficio que yo he perdido.

—¡Perdido! me parece sin embargo que no ha debido ser fácil el prenderos, y que si habeis dejado el oficio, habrá sido por vuestra voluntad.

—Se conoce que no os cuesta nada el decirlo, replicó él: si como yo os hubiérais visto ahorcado....

—; Vos ahorcado!

—Si señor, ahorcado, y por un exceso de devoción. Yo estaba escondido en uno de los impenetrables desfiladeros que rodean á Terracina, euando una hermosa noche la luna salió tan brillante y tan pura que me acordé que no había ofrecido á la Virgen, ya hacía mucho tiempo, el diezmo de mi botín. Justamente era la fiesta de la Virgen; toda la Italia había resonado aquel día con sus himnos, y solo yo no la había dirigido mis oraciones: resolví, pues, no retardarlo mas tiempo; bajé rápidamente al valle contemplando con admiración el brillante reflejo de las estrellas en el vasto lago, y llegué á Terracina en el momento en que la noche estaba mas clara. Yo no pensaba mas que en la Virgen, y atravesé por entre una multitud de campesinos italianos que tomaban el fresco á sus puertas, sin pensar en que todos los ojos se fijaban en mí. Llegué á la puerta de la iglesia, de la cual solo había una hoja abierta, hallándose fijado en la otra un largo papel en que estaban mis señas y el precio por el cual se había pregonado mi cabeza. Entré en la iglesia, una iglesia italiana, con sus arcos ligeros, su mosaico precioso, su cúpula aérea, su altar de mármol blanco, su perfume, y los últimos sonidos del órgano recorriendo todos los ecos, uno despues de otro: la santa imagen de la Virgen estaba rodeada de flores: yo me prosterné en su presencia y le ofrecí su parte en el botín, esto es, una cruz de diamantes del antiguo uso de una jóven siciliana, y un cofrecito inglés de un trabajo precioso: la Virgen pareció satisfecha de mi homenaje, yo me levanté lleno de seguridad y de paz, y ya me volvía á las montañas, cuando á la puerta de la capilla me cogieron por detras los esbirros y me llevaron á una cárcel de donde no podía escaparme, porque no había en ella ni muger ni muchacha, ni me quedaba nada con que pagar al carcelero.

—Y os ahorcaron, compadre.

—Me ahorcaron al día siguiente. Querian que no corriese la noticia de mi prision, y pocas horas bastaron para levantar la horca y hallar un verdugo. Por la mañana fueron á buscarme, me sacaron de mi calabozo, y en la última reja encontré varios penitentes italianos, blancos, negros y grises, calzados y descalzos, con una vela encendida en la mano y un *san benito* que les cubria la cabeza, sin otra cosa que un agujero en guisa de ojo; parecian otras tantas fantasmas. Delante de mí iban cuatro clérigos, que llevaban un ataud, rezando al mismo tiempo el oficio de difuntos, y yo caminaba á la horca. La horca era magnífica; era una soberbia viga levantada sobre un montecillo estrecho; blancas margaritas formaban una alfombra de flores á sus pies; á la espalda se alzaban las montañas testigos de mis proezas: por delante bajaba un precipicio en el cual caía con sordo murmullo un torrente cuyo húmedo vapor llegaba hasta mí; al rededor de la horca todo era perfume y luz. Llegué delante de todos y sin temblar al pié de la escalera, pero, echando la última ojeada sobre mi ataud, y mirándole de una punta á otra, grité— Ese ataud no esta bastante grande para contener todo mi cuerpo; y no me dejo ahorcar si no traen otro de mi estatura: y tomé una aire tan resuelto que el gefe de los esbirros, llegándose á mí, me dijo:— Hijo, seguramente tendríais razon para quejaros, si ese ataud hubiese de contener vuestro cuerpo todo entero; pero, como sois muy conocido en el país, hemos decidido cortaros la cabeza luego que murais, y esponerla en el punto mas elevado de la ciudad; ya veis que tendreis bastante sitio.—Me convenció, subí por la escalera y en un abrir y cerrar de ojos me hallé en lo alto de la horca; las vistas eran admirables y el verdugo novicio, de suerte que tuve tiempo de echar la última mirada al concurso. Algunos jóvenes temblaban de furor, entre las muchachas unas lloraban y otras se regocijaban abiertamente, y en medio del gentio ún bandido como yo me prometía con los ojos vengarme. Yo me puse á pasear sobre la horca encima del

precipicio, y el verdugo me gritó:—Que te vas á matar, aguárdame. Al cabo llegó, pero el vértigo se apoderó de él, y las piernas le temblaban; ¡aquella cascada debajo y aquel sol brillante arriba! Por último me echó la cuerda á la garganta, me lanzó al abismo, quiso apoyar su inoble pié en mis hombros, pero estos hombros son duros y fuertes, el pié de un hombre no puede dejar en ellos su huella, y el de mi verdugo se resbaló; el choque fue violento al principio se agarró á la horca con las dos manos, despues se le escapó una, y un instante despues cayó de un golpe al barranco, y llevóse la corriente.

(Se continuará.)

Don Juan Cortada.

Algunos periódicos de esta capital, anunciaron la llegada del insigne escritor catalan el Sr. D. Juan Cortada, y su viaje á los puntos mas remarcables de la isla; á nosotros nos corresponde dar noticia de su partida y de cuan satisfechos estamos de su buena correspondencia y urbanidad. Quisieramos para salir airosos en tan delicada empresa, tener la pluma de oro del Sr. Cortada, ó poder transgredir los estrechos límites de este periódico; pero circunscritos á los límites que se nos han sido señalados, diremos únicamente, que los literatos que hemos tenido el honor de tratar al Sr. Cortada, nos hemos confirmado en la alta opinión que de sus méritos y talento habíamos concebido con la lectura de sus obras. No tratamos aqui de dar á conocer las relevantes prendas que adornan al escritor de *La Historia de España*, de *Las Revueltas de Cataluña*, de *Tancredo en el Asia* y de otras mil producciones que con sus hojas preciosas forman el laurel de la corona con que una ciudad principal de Cataluña ornó las sienes del predilecto hijo de Minerva; puesto que serian necesarias muchas páginas para presentar un reducido bosquejo de las prendas cívicas y literarias que adornan al Sr. Cortada. Diremos no obstante para los que no tuvieron la dicha de tratarle, que es amable, fino, cortés, bien entendido, muy caballero, atento y sobre todo de una voz y elocuencia capaz de amenizar cualquier asunto. A estas buenas cualidades se debe en parte el alto concepto que formó de los mallorquines y lo prendado que se ha ido del clima, suelo y producciones naturales del país, de lo que quizá tendremos lugar á darle un voto de gracias, cuando en su Viaje á esta Isla que piensa dar á luz en breve, nos pinte con su delicada pluma cuanto le ha llamado la atención sobre nuestras costumbres y deliciosas vistas que admiró en Artá, Pollensa, Lluch, Soller, Deyá, Valdemosa, y Raxa. Cual otro Rodoreda nos escribirá sin duda desde la gran Barcino:

Salud objetos de mi amor ferviente
Salve tambien de Palma ínclita gente,
Siempre á vos (yo lo juro enternecido)
Por la fé y el amor estaré unido.
Gefe, Proceres, Clero, Mallorquines
Y cuantos habitais esos confines
Yo os saludo, y no tengo mayor gloria
Que abrazaros sin fin en mi memoria.

A. F.

ERRATAS.

En el n.º 46 de este periódico pag. 184, octavo verso del primer soneto debe decir

por entre rocas cóncavas lejana

y el segundo verso del segundo soneto

Se oculta de tu párpado en el velo.